

Ciudadanos sin armas

Santos Juliá, El País, 05/01/1997

Si la costumbre de elegir hombre o mujer del año tuviera algún sentido, entonces habría que nombrar en esta ocasión a aquella mujer mayor, de 66 años, que sufrió la rotura de cadera por el delito de llevar un lazo azul por las calles de San Sebastián; o a aquel hombre, joven y fornido, que en Getxo se enfrentó solo, con riesgo de su integridad física, a una nutrida manifestación que pretendía añadir escarnio al dolor de una familia; o a aquel otro hombre, que sufrió graves quemaduras por recriminar un acto de vandalismo a un grupo de lo que ahora llaman "los violentos", como si se refirieran a un rasgo del carácter; o, en fin, a esa librera poseedora de excepcional coraje que ha sentido sobre sus libros la mirada del odio y la mano incendiaria.

Todos ellos son ciudadanos vascos y ninguno ha renunciado a ser libre en un país en el que comienza a ser peligroso defender el derecho a la libertad sin ir armado. Ésta es la situación o, más exactamente, ésta ha llegado a ser la situación: si no te protegen las armas, no tienes derecho a ser libre. Como se sabe bien desde Maquiavelo, estar desarmado, además de "acarrear otros males, te hace despreciable" por la sencilla razón de que "no hay proporción alguna entre un hombre armado y un hombre desarmado". Así son las cosas: es inútil, cuando no es hipócrita, predicar el diálogo y la paz ante hombres dispuestos a disparar o lanzar bombas; es un fraude hablar el lenguaje de la equidistancia, lamentar que los dos bandos no negocien. Frente a un estrategia que recurre a las armas para alcanzar sus fines, sólo las armas pueden servir como barrera de contención.

¿Qué armas? Sin duda, las que una sociedad y un Estado democráticos deben oponer con toda legitimidad a la agresión física: las de una policía eficaz, dotada de medios, sostenida por la ley y por los jueces, apoyada por sus responsables políticos y por el mayoritario respaldo de la población. Ésta es toda la cuestión, pues mientras haya dirigentes políticos que consideren -como manifestaba el secretario general de un sindicato de la policía vasca- que "aplicar la Ley de Protección Ciudadana es una provocación", habrá jueces que nunca dispondrán de los elementos de prueba imprescindibles para mostrar a "los violentos" lo que cuesta el recurso a la bomba y a la pistola y habrá ciudadanos

dispuestos a creer que las víctimas de los atentados son realmente sus provocadores.

Algunos nacionalistas vascos comparan habitualmente a los "cachorros de ETA" con los grupos de acción nazis o fascistas. Si eso fuera así, no habría más remedio que concluir que en Euskadi se han sembrado en estos 20 años todos los ingredientes para que una planta similar al nazismo haya florecido con tanta pujanza. Históricamente, el fascismo sólo ha crecido allí donde ha disfrutado de amplias complicidades entre las élites políticas y en los aparatos de Estado y donde un sector de la población se ha desentendido de sus fechorías con el argumento de que eran un asunto político y ellos no se mezclaban en política. Hitler no contó sólo con sus escuadras de choque, con una policía que siempre llegaba tarde, con jueces dispuestos a firmar las sentencias que quisiera y con esos pacíficos alemanes a los que Goldhagen ha llamado "willing executioners", ejecutores voluntarios de su programa de exterminio; contó con todo eso, desde luego, pero contó sobre todo con quienes miraban a otro lado cuando a su vera se violaban derechos humanos fundamentales. Contó con el miedo.

Si se comienza por no aplicar la ley, se acaba considerando reos a las víctimas. Y eso sí que es ya nazismo en estado puro; el judío es culpable y merece su destino. Por eso, si fuera cierto que el gremio de librerías de Guipúzcoa ha rehusado defender a una ciudadana desarmada con la excusa de que el ataque de que ha sido objeto es un "tema político", habríamos bajado el escalón que faltaba en este desolador descenso hacia el fascismo.

Amigos políticos

Santos Juliá, El País, 16/02/1997

"El jefe del Gobierno, en política, no tiene amigos ni los quiere", dijo Azaña en uno de sus más vibrantes discursos. Así le fue, responderá tal vez alguien con razón, aunque la verdad es que no le fue tan mal en política. Sin amigos, ministro de la Guerra; sin amigos, presidente del Gobierno; sin amigos, y contra lo que presumía Alcalá Zamora, crecido en la oposición hasta el punto de que consiguió arrebatarse la presidencia de la República. En aquella España, un tipo como Azaña podía abrirse paso hasta la cima sin contar con una red de amigos políticos. Si cayó de las alturas no fue porque no tuviera amigos, sino porque sus enemigos, además de formidables, no se anduvieron por las ramas: mataron a mansalva.

La República, tal como la pretendía Azaña y unos pocos como él, venía precisamente a erradicar la amistad como razón última de la política. Se era político porque se tenía un ideario, un programa, algo que proponer desde el Estado. Había que acabar con las arraigadas costumbres de la clase política de la Restauración, liberal, desde luego, pero incapaz de pensar en términos que no fueran los de satisfacer a un enjambre de clientes zumbando en torno a patronos que concedían cargos y prebendas a cambio de votos y obediencia. Se suponía que la República barrería lo que Costa, con expresión más eficaz que certera, llamó oligarquía y caciquismo, lo que Ortega denominó vieja política, modalidad típicamente española de clientelismo político.

El experimento duró poco y lo fundamental de la vieja política, depurada de su carga liberal, retornó pujante con Franco y sus secuaces: el Estado era para aquellos predadores como un botín que se rifaba en partidas de caza. Las cosas han cambiado desde entonces, pero no tanto que luzca, sobre la concepción parasitaria del Estado, su función de neutral administrador del presupuesto público. Ciertamente, los carteros son ya inamovibles y Romanones no podría colocar al sobrino de la criada de su primo a repartir el correo en Madrid. Pero el Estado español y sus aledaños han crecido una barbaridad en los últimos tiempos y hay mucho donde vendimiar

cada vez que una nueva hornada de políticos llega al poder.

En España, son removibles todavía, arrastrados por los cambios de gobierno, los directivos y hasta los presentadores de televisión; un buen puñado de presidentes y altos ejecutivos de empresas públicas y no tan públicas; los directores, algunos empleados y un regular lote de artistas de la tupida red de organismos asistenciales, sanitarios, comerciales, culturales, recreativos, que constituyen la prez y el ornato del gobierno central, de los gobiernos autónomos y de los municipios. Las arcas del Estado guardan ahora un paño de incomparable mejor calidad que en los tiempos de los grandes caciques; los gobiernos distribuyen, no las migajas del banquete sino los primeros puestos para trinchar el mejor bocado. Nuestra clase política ha concebido al Estado como un cuerno de la abundancia reservado a quienes hayan dado muestras de acendrada amistad.

La larga mano del gobierno penetra así capilarmente en la sociedad hasta situar en posiciones de poder a sus parciales y garantizar la debida obediencia al mando. Una sociedad civil es tanto más sólida cuantos menos sean los cambios inducidos desde el gobierno en el funcionamiento de sus instituciones. Para que eso ocurra, el profesional debe ser tenido en superior estima que el amigo. En la política española, sin embargo, la amistad sigue primando sobre la profesionalidad. Tan así, que al mismísimo presidente del Gobierno no le inquieta nada destrozar el valor de su propia palabra y nombrar, contra su firme y público compromiso, director general del Ente a un amigo político. A lo mejor resulta que el agraciado es un buen gestor, pero eso en realidad no importa; lo que importa es que vaya a allí a hacer lo que se le mande. Para eso tiene el jefe del Gobierno amigos en política.

La culpa es del Estado

Santos Juliá, El País, 06/04/1997

No es nueva la canción pero cada época la entona con su propio ritmo: el Estado en España no goza de buena fama. De todo lo que nos pasa, entendiendo por lo que nos pasa la serie de infortunios que llenan nuestra historia, la culpa la tiene nadie más que el Estado. Si no hay empresarios, algo habrá hecho el Estado para conservarlos como flor de invernadero al resguardo de la saludable competencia; si la Universidad es un desastre, alguna ley habrá por ahí sobre la que cargar toda la responsabilidad; si los médicos no atienden como es debido a los enfermos, alguna cuenta tendrán pendiente con el Estado que les obliga a tomarse la revancha por su mano; si el cine va mal, seguro que Cultura tendrá algo que ver en el asunto.

La cosa viene de lejos y hasta constituye un signo de distinción. No es que España sea el único país en que haya crecido pujante la planta del anarco-aristocratismo, pero sí parece el único de Europa que sigue celebrando esa actitud del espíritu que consiste en llamar la atención sobre uno mismo a base de dirigir diatribas contra el Estado. Así ocurrió ya con aquel puñado de políticamente irresponsables a quienes hemos dado en llamar la generación del 98, la de escala cerrada y amortización de vacantes, que decía Azaña. No les costaba nada bramar contra el Estado. ¡Qué no les costaba! Más bramaban, más atronador el aplauso que recibían. Grandes literatos como fueron, lograron hacerse un nombre como pensadores políticos a base de marcar cuatro ideas sobre la estupidez congénita del pueblo y la maldad intrínseca del Estado.

Verdad es que el Estado español no había hecho gran cosa para merecer mejor prensa, pero si otra hubiera sido la actitud de aquellos anarco-aristócratas a quienes ahora nos aprestamos a festejar con la debida pompa, tal vez su suerte no hubiera sido tan desventurada. En todo caso, hace como 20 años nos decidimos a iniciar un nuevo proceso constituyente del que ha salido el Estado que tenemos; nuestro Estado. Como decía Menéndez Pelayo de la unidad nacional, qué le vamos a hacer, no tenemos otra. Pues lo mismo, no tenemos otro; pero podemos barruntar, al menos, lo que significa emprender alegremente, como quien va de romería, la obra de su demolición.

Por eso, no deja de sorprender la reiterada traslación de la responsabilidad por todo lo que pasa al Estado o a sus funcionarios. La elites dirigentes del País Vasco han cultivado desde 1978 un prejuicio de ilegitimidad contra el Estado que les ha impedido situarse, desechando cualquier ambigüedad calculada, frente a las estrategias de violencia y terror surgidas en su propio suelo. A Egibar y a Setién les ha faltado tiempo para afirmar, el uno, insinuar el otro, que un joven detenido tras asesinar a un funcionario público había sido torturado durante cinco días por la policía. No se conoce que hayan pedido excusas ni reconocido su error después de que forenses e instructores concluyeran que las lesiones del detenido no demostraban la comisión de tan repugnante delito. No había por qué: al cabo, haya sido o no torturado ya sabemos que el Estado tiene la culpa de todo lo que pasa en Euskadi.

Más admirable es lo que está ocurriendo con la sentencia de un tribunal de la Audiencia Nacional contra Mario Conde. ¿Quién podría ser el culpable de la pena impuesta sino el mismo tribunal? Unos aseguran que fue condenado porque los jueces se dejaron llevar de envidia cochina al verle aparecer con una toga de diseño; otros, porque no aguantaron su tono chulesco y desdeñoso y se dijeron para sus adentros: ahora te vas a enterar; otros, los más ecuánimes, porque la defensa se equivocó de estrategia; y otros, en fin, porque en este Estado que nos hemos construido se celebran juicios como el de los grandes sacerdotes y escribas de Jerusalén que condenaron al más inocente de los acusados al grito de: ¿qué necesidad tenemos de testigos? El caso es que Conde tampoco ha hecho nada. La culpa, como no, es del Estado.

Que veinte años es mucho

Santos Juliá, El País, 15/06/1997

Unos meses después de la muerte de Franco, no pocos observadores compartían el temor de que España, como escribía Giovanni Sartori, pudiera volver a la senda por la que había entrado en los años treinta: un pluripartidismo extremo y polarizado que repitiera una caótica y breve experiencia de vida democrática. En general, estos analistas seguían bajo el poderoso influjo del mito de las dos Españas, destinadas a la violencia y al exterminio del adversario: la guerra civil había fijado una imagen de atraso, falta de cultura cívica, extremismo, pasión y crueldad. Gerald Brenan pensaba en 1950 que España necesitaba vivir durante un largo tiempo bajo un régimen autoritario y juzgaba como una ilusión muy peligrosa creer que la alternativa a Franco podría ser una democracia parlamentaria. En 1975, nadie estaba seguro del comportamiento de los españoles una vez muerto Franco y muchos temían sencillamente que volvieran a las andadas.

No volvieron. En muy poco tiempo, y sin posibilidad de aprender la lección de otras transiciones a la democracia desde regímenes autoritarios, los españoles desmontaron pacíficamente los vetustos armatostes de la dictadura y pusieron en su lugar unas instituciones democráticas en un proceso que provocó gran sorpresa, primero, y multitud de análisis, después. Entre ellos no han faltado los de quienes por no haber asistido a una revolución en toda regla y a un ajuste de cuentas con el pasado, han tenido la democracia española como una democracia otorgada, como si presas del miedo, los españoles hubieran aceptado la continuidad pura y simple del régimen franquista con un revoco de fachada y vivieran todavía hoy, más que en una España democrática, en una España post-franquista.

Ninguna de estas dos visiones -estallido de violencia, miedo a la libertad- había tomado en cuenta la profunda transformación experimentada en la cultura política de los españoles desde que en 1956 salió a la calle la primera generación de universitarios que no había tomado parte en la guerra civil, y desde que en 1962 comenzó la movilización de una nueva clase obrera industrial recién llegada a las ciudades. Aunque nadie supiera muy bien cómo habría

de conducirse el proceso, al culminar el cambio social y moral iniciado en esos años, la mayoría de los españoles daba por descontado que el futuro político de su país habría de ser como era el presente de Europa.

Las primeras elecciones libres celebradas desde 1936 constituyeron la prueba irrefutable de ese supuesto. La convicción de que la historia de España debía entenderse, como quería Ortega, como la historia de una enfermedad se esfumó como un mal sueño desde aquel día de junio de 1977. Y no porque las urnas dieran el triunfo a los dos partidos más cercanos al centro y aventaran la sopa de siglas que a muchos hizo temer lo peor; sino porque triunfaron políticos jóvenes y porque los votos obtenidos por sus respectivos partidos les forzaron a entenderse. Adolfo Suárez y Felipe González simbolizaban, con su atuendo y con su piel sin marcas del pasado, la muerte del gran padre que había cultivado durante cuarenta años el mito de la diferencia española; pero su triunfo, indiscutible aunque insuficiente, les exigía abrir un proceso constituyente en el que por la fuerza de las cosas debía acondicionarse un lugar para todos.

Murió el padre, pero los hermanos, que no se conocían, se vieron obligados a entenderse: ahí radica la fuerza del acontecimiento fundacional de la nueva democracia española. Cada cual habrá realizado de aquella experiencia el balance que sus intereses y emociones le aconsejen. Pero una cosa es clara: veinte años han pasado desde entonces y una generación entera de españoles puede mirar hacia atrás sin ira y andar por Europa como quien no sale de casa. Y eso, tomada en cuenta toda nuestra historia, es bastante más que nada; es mucho.

Emociones monárquicas

Santos Juliá, El País, 06/10/1997

El bautizo del príncipe, la boda de la infanta, la coronación y el entierro del rey: ceremonias solemnes que reproducen simbólicamente la originaria unidad de trono, altar y pueblo; ocasiones propicias para que las monarquías supervivientes de la vieja Europa renueven la ilusión del encantamiento del mundo. Leviatán mostraba en esos momentos su más amable o dolorido semblante, como si por un instante suspendiera el cetro del cielo y permitiera correr el torrente de emociones represadas por el terror que inspira su mirada. Sólo uno nace príncipe, sólo uno muere rey, que con tal privilegio reclama para su familia una posición singular en el orden del tiempo.

Esta singularidad, este halo religioso que aún sostiene a las monarquías, perdura en sociedades secularizadas o, por decirlo con el lamento de la última aristócrata británica, Sackville-West, sociedades en las que el populacho ha conseguido salir del lugar que le correspondía en el viejo orden del mundo. Odiaba esta gran señora a la democracia, odiaba al populacho: "My manifesto: I hate democracy, I hate *la populace*", y deseaba ardientemente que la educación no se extendiera, porque sabía que la privilegiada posición de su clase dependía de que las demás nunca cambiaran. La guerra, sin embargo, trastocó el orden natural de las cosas e introdujo a aquel odiado populacho, o a su más avispada vanguardia, hasta los salones de las grandes casas.

Así acabó por decaer la aristocracia y por eso la más alta cima de aquella clase social levantó altos muros en torno a sus palacios para protegerse de la contaminación popular. Mientras la aristocracia sucumbía, los Windsor mantenían a raya al pueblo a la puerta de palacio, entretenido con el cambio de la guardia. El heredero se casaría, si no como es debido, al menos como no era indeseable: una aristócrata. Nadie en la familia pudo prever que la jovencita Spencer venía contaminada por el virus de *la populace* y que, al casarse, deseaba contar ante todo con el amor de su marido. ¡Qué vulgaridad!, habría exclamado Sackville-West: esta niña, además de aspirar a la corona, pretende que su marido le sea fiel. Cosas, en verdad, de las que no se habla entre gentes de educación superior.

Por razones históricas que guardan relación con el carácter mundano de la Monarquía española, con el hecho de que el Rey no sea “hijo de rey”, nuestras infantas son princesas secularizadas: no creen que la sangre real, ni la aristocrática, sea indispensable condición de su felicidad terrena. Su guía en este negocio, antes contemplado como un gran asunto de Estado, es de lo más prosaico; es el corazón. Lo que les pasa a ellas le ocurre a cualquiera: a la niña le gusta aquel chico y se va a casar con él, digan papá y mamá lo que quieran, porque en sociedades secularizadas, papá y mamá no se entrometen en los amores de las hijas, por muy infantas que sean.

La pregunta, ya se comprende, es inevitable y ha rondado la cabeza y, lo que es peor, los corazones de la gente con ocasión de la trágica muerte de la princesa expulsada de palacio: si la monarquía se seculariza del todo, ¿para qué sirve la monarquía? Dicho de forma directa: ¿puede el príncipe Carlos susurrar por teléfono a su querida Camilla imaginativas obscenidades sin arriesgar gravemente la continuidad de su familia en el trono de Inglaterra? Antes sí que habría podido, porque en todo caso sería rey por la gracia de Dios. Pero muerto Dios como referente último del orden inamovible de la historia, ¿quién perdonará al príncipe ser tan vulgar como el populacho?

¡Qué lío! Príncipes y princesas, reyes y reinas, quieren ser como todo el mundo: salir con quien les plazca, casarse con el amor de su vida, hablar guarrerías por teléfono, tener amantes. Pero si los príncipes y los reyes consiguen ser como todo el mundo y el mundo está secularizado, ¿qué razón habría para que siguieran siendo príncipes y reyes? Vita Sackville-West no tenía respuesta para tan extemporánea pregunta.

El político y el artista

Santos Juliá, El País, 08/11/1997

Aunque poseía una "implacable e insoportable" memoria, Azaña no abandonó durante sus dos años de gobierno la costumbre de "tomar nota de todo" y escribirlo en sus cuadernos. Con "todo" se refería Azaña a lo que hacía, a las visitas que recibía, los debates políticos que suscitaba en los Consejos de Ministros, las fórmulas que ideaba para acercar posiciones enfrentadas, resolver conflictos, encontrar puntos de acuerdo entre los partidos que formaban la coalición gubernamental. Pero en ese todo entraban también sus sentimientos y deseos, los viajes que realizaba por su interior, a los que tan aficionado era desde su niñez alcalaína, y las salidas al exterior, a la sierra, donde su espíritu se esponjaba, a El Escorial, adonde tantas tardes volvía para encontrar el calor de la adolescencia o escuchar al padre Serra que en su delirio le llamaba: "¡Manolito! ¡Manolito! ¿Cuándo vienes a visitarme?".

Fruto de una dedicación a la acción política fundida por fin con una vocación literaria que tuvo como centro la construcción de su propio yo, los cuadernos de Azaña, a los que será preciso añadir esa especie de sustitutos de diarios que son *Mi rebelión en Barcelona*, *La velada en Benicarló* y su cuantiosa correspondencia, constituyen, como escribió Juan Marichal, "el texto memorial más importante de la historia española moderna". Lo son, sin duda, por lo que cuentan, porque su materia es el proyecto de construir la primera democracia parlamentaria española del siglo XX, tal como fue llevado a la práctica por su principal artífice; pero lo son, además, porque al adobar el relato de los hechos con la intrusión del yo en la acción y con la distancia que toma al contemplarlos desde el paisaje, Azaña crea una obra político-literaria única en nuestra historia.

Al escribir estos cuadernos, Azaña se propuso, ante todo, que el futuro lector comprendiera los dos ejes sobre los que construyó su política: establecer y consolidar una democracia parlamentaria e incorporar a clase obrera organizada a la gobernación del Estado. Todos los combates de los que estos diarios [robados en Ginebra en 1936 y devueltos ahora por la hija de Franco] dan cuenta, su ruptura con el Partido Radical y su firme actitud ante el presidente de la República, deben entenderse como exigencias derivadas de

esos dos propósitos. Azaña se negó a echar a los socialistas del Gobierno y a colaborar con el "presidencialismo bastardo" por el que veía deslizarse a la República, sin miedo a romper con Lerroux y alejarse progresivamente de Alcalá Zamora. Del precio que debió pagar ofrecen el más lúcido testimonio estos cuadernos por los que va desfilando el golpe de Estado de Sanjurjo, Casas Viejas, la obstrucción radical y la desavenencia final con el presidente de la República.

Pero Azaña, además de un político con un propósito, era un literato con una obra por escribir. Si en sus diarios es patente el interés por explicarse políticamente, no lo es menos el de producir una autobiografía. Tanto como los motivos y los avatares de su acción política le interesaba que su futuro lector supiera de qué color era la luz del día, cuáles los ruidos que llegaban de la calle, cómo se distribuían los actores en el escenario y, sobre todo, cuál era su propio estado de ánimo, si decidido o fatigado, si triste o alegre, cuáles las emociones que le despertaba el paisaje, las nostalgias que le traían unos olores, la impresión que le causaba algún encuentro inesperado, como el de ese mendigo fabuloso que recibe indiferente su limosna. Y así, acción, sujeto y paisaje se van fundiendo en esta singular obra de un político que lo fue sin renunciar a su vocación de artista.